

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes. 4 reales.
 Por tres id. 11 »
 Por seis id. 21 »
 Por un año. 40 »
 Sale los miércoles y sábados: venta pública los jueves y domingos.

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION, Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se reciba con el aviso, en libranza ó sellos. La correspondencia, al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Número suelto, CUATRO CUARTOS.

GIL BLAS

(SEGUNDA ÉPOCA)

PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Adminis-
 tracion. 15 reales.
 Por seis id. 28 »
 Un año id. 50 »
 ESTRANJERO, tres meses. 30 »
 ULTRAMAR, un año. 6 pesos.

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION, Huertas, 10, principal.

Toda suscripcion hecha por comisionad costará un real más en Madrid y dos en provincias.

LO QUE CORRE POR AHÍ.

Por fin ha quedado abierta al público la Exposicion de Bellas Artes.

El sol ha tenido piedad de los artistas, y despues de tantas contradanzas como ha hecho el tiempo en la última semana, la atmósfera se ha serenado y el cielo sonríe.

Convengamos en que el sol es persona de gusto, y esta vez se ha propuesto echar la casa por la ventana.

Conocia que el edificio de la Exposicion estaba recién construido y le ha prestado su calor; sabia que la distancia era un inconveniente, y ha secado el barro del camino; por último, no debia ignorar que en la inauguracion habia *buffet*, y ha querido tomar su pisco-labis.

Estamos contentos del sol, si señores; contentos del sol y del Sr. Jareño, que se desvivía por servir detrás del mostrador á los concurrentes.

Dos inauguraciones darian mucho trabajo á cualquiera que no fuese el Sr. Jareño; pero este ha estado en todo, y gracias á su actividad, ya queda el edificio dispuesto para recibir al público.

En el número anterior nos quejamos del gran desarrollo que ha adquirido el lujo entre nosotros, á pesar de los chistes y del ridículo que sobre él ha descargado la imaginacion de los escritores satíricos.

Hoy tenemos que decir cuatro palabras del desarrollo que va adquiriendo el afan del *buffet*, á pesar, tambien, del ridículo que sobre él derraman los autores cómicos.

¡Cosa singular!

Presenta un autor en escena á sus elegantes contemporáneos abalanzándose como hambrientos sobre el *buffet*; el público celebra la gracia, aplaude, y pide la repetición.

En vista de lo cual decia yo: «el teatro sirve para algo; mis contemporáneos se corrigen; al burlarse de esos famélicos, nadie creará que ellos vuelvan á caer en el ridículo de lanzarse sobre las viandas, más ó ménos apetitosas, de una mesa bien provista. Ya era tiempo de corregir esa *mania* que da tan pobre idea de sus estómagos y de su educacion.»

Pero,—aquí viene lo bueno—cuando yo juzgaba inocentemente que un resto de pudor bastaba para corregir esa *hambritis* presentada tan al vivo, hé aquí que los mismos espectadores de la escena ridicula asisten á una reunion cualquiera, y apenas llega la hora del *buffet*, sin acordarse de lo que han visto, se lanzan atropelladamente sobre los comestibles y bebibles, como si tal cosa hubieran presenciado.

Al hacerlo, cada cual procura echarlo á broma, como para disimular su vergüenza, y el que por fortuna se contiene, por fortuna se queda sin alcanzar ni un vaso de agua... ¡Todo desaparece en muy pocos minutos!

¡Y qué espectáculo tan alegre, y tan triste al propio tiempo, presenta una mesa acometida por innumerables caballeros que se disputan la pata de un pollo, y que parecen reñir por quién ha de comerse tres rajitas de salchichon!

Este coge una botella de *Champagne*, y los que es-

tán cerca le persiguen, le acosan con las copas en la mano pidiéndole, por Dios, unas gotitas.

Aquel, al tiempo de partir en dos mitades un pastel, las ve desaparecer como el humo...

¡Ah, pobre humanidad! Te has empeñado en abolir todas las tiranías, y no tienes el valor de suprimir la tiranía del estómago!

Esclavos del frac y esclavos del *buffet*; el primero oculta nuestras miserias, y el segundo las descubre en toda su horrible desnudez.

Si la *Revista de Bellas Artes*, al someter á la pública discusion la idea de la creacion de un monumento á los conquistadores de América, hubiera dado un *buffet*, de seguro tendria á estas horas tantos discutiidores como cubiertos. No se quejaria ciertamente de la indiferencia del público.

Luis Rivera.

EXPOSICION DE BELLAS ARTES.

I.

Junto á la Fuente Castellana, en la calle de Chamberí á Chamartin, á dos kilómetros próxima... ó mejor dicho remotamente, de la Puerta del Sol, se levanta un edificio nuevo, sin balcon ni ventana practicable, cuyo destino dificilmente adivinará quien haya tomado por lo sério la disposicion superior, que manda celebrar cada dos años en Madrid una Exposicion Nacional de Bellas Artes.

Los amantes del placer estético que á tan noble afición reúnan la intrepidez necesaria para emprender semejante viaje, podrán admirar en aquel desahogado local la cantidad de lienzo y yeso que en el espacio de veinticuatro meses suelen consumir en beneficio de la industria, y alguna vez en honra del arte, nuestros apreciables pintores y estatuarios.

Digo mal: para que la suma fuera exacta, aun habria que añadir una fraccion considerable; porque varios de nuestros artistas—y entre ellos algunos de primera magnitud—solo brillan allí por su ausencia.

Sin contar á los académicos—que mucho tiempo há no contribuyen á las exposiciones artísticas sino con su firma puesta al pié de las actas del jurado—aun entre los jóvenes que están en pleno período de produccion se advierten huecos difíciles de llenar. Haes, Sans, Rosales, Llanos, Ruiperez, y algun otro que quizá me dejo en el tintero, se mantienen fuera del concurso, y escuchado es decir si se nota su falta.

La ausencia de Haes, por ejemplo, es algo más que la ausencia de un artista: es casi la ausencia de un género.—Yo comprendo el retraimiento de Sans, pintor tan distinguido como mal recompensado, que sin murmurar una queja ha visto su talento sistemáticamente pospuesto unas veces á la medianía, y otras á la nulidad de artistas hueros. Quien haya visitado su estudio sabrá que si hoy abandona la palestra no es por falta de armas; y los extranjeros que en la próxima Exposicion universal vean sus obras y lean en el catálogo la lista de los premios que ha obtenido, de seguro formarán muy ventajoso concepto de nuestra pintura histórica, ó muy pobre idea de nuestra justicia distributiva.—En rigor, tampoco extraño el retraimiento de Llanos, artista concienzudo y hombre formal, que despues de haber visto clasificados sus cuadros de costumbres entre los de historia, y sus cuadros de historia entre los de costumbres, temerá sin duda, con

harto motivo, ver recompensados sus excelentes retratos con un tercer premio de paisaje ó con una mencion honorífica de arquitectura.—Pero en Haes no concurren las mismas razones. Diez años hace ya que por primera vez sometió sus lienzos al juicio del público y al fallo del jurado: en todo ese tiempo, si nada le han dado de más, nada le han dado de ménos. Desde el primer instante ocupó el puesto que le correspondia (al frente y á larga distancia de sus compañeros), y nadie habia soñado hasta hoy disputarle la supremacia en su género.—¿Por qué se retrae? Averigüelo Vargas. Yo solo puedo decir que no es por falta de ánimo ni de fuerzas.

A estas bajas que va causando el despecho, la pereza ó el capricho, hay que añadir otra más triste: la de un pintor muerto en la flor de su edad y de su talento, cuando iba cumpliendo las promesas de sus primeras obras. Los inteligentes podrán estimar la importancia de tal pérdida: los lienzos de Manzano, recogidos por sus amigos, ocupan una sala que no será la ménos frecuentada de la Exposicion.

Con ser tantos los pintores que faltan, aun son más los que sobran. El jurado, dando muestras de una tolerancia que le honra, ha tenido franca la puerta para cuantos se han presentado. En ello cumplía un deber de conciencia. Las exposiciones nacionales (ya que existen) de ben ser palenque abierto á cuantos quieran probar en él sus fuerzas. Todo el que se tiene por artista, es artista de derecho—oficialmente hablando.—Cada cual puede decir al Estado, como Ajax á Júpiter: «Dame luz para pelear;» y desde Fortuny hasta Domenech, todos los pintores son iguales ante el portero de la Exposicion.

Luego, de puertas adentro, comienzan las diferencias, y al fin cada obra ocupa, por su propio peso, el lugar que le corresponde en la opinion del público, con arreglo á las leyes de la gravedad.

Este año, ni aun indirectamente puede favorecer ó perjudicar á los cuadros la buena ó mala voluntad de los que dirigen el concurso. Gracias á la acertada disposicion de un edificio construido *ad hoc*, la luz zenital se derrama imparcial y equitativamente sobre los lienzos, sin distincion de clases, dejando ver en todo su esplendor, junto á los aciertos de Mercadé ó de Palmaroli, los extravíos... de varios, cuya lista seria demasiado larga para este lugar.

Otra cosa digna de alabanza es la igualdad de las salas que componen el edificio. Los que gustan de pensar con cabeza agena, están de pésame por falta de un salon principal donde se presentáran reunidas á su admiracion las obras más notables en concepto del jurado. Esta vez el fallo de la multitud recaerá sobre los artistas sin coaccion directa ni indirecta.

Merced á semejante mezcla de lo bueno y lo malo, la primera vuelta dada por aquellas once salas deja en el ánimo una impresion bastante confusa, y no es fácil distinguir al pronto los puntos culminantes en que conviene fijar la atencion. Pero con un poco de paciencia y otro poco de trabajo, al cabo de algun tiempo va uno despejando en la mente aquel caos de líneas y colores, y distinguiendo, no sin esfuerzo, lo bueno de lo mediano y lo mediano de lo malo. Entonces, el aficionado que quiere juzgar sin pasion el adelanto ó retroceso de los pintores conocidos y las buenas ó malas disposiciones de los artistas noveles, empieza por taparse herméticamente los oídos; encierra luego bajo seis llaves la amistad, la antipatía, las preocupaciones, todo cuanto pueda ofuscar la razon ó torcer el juicio; y hecho esto,—con la lisonjera esperanza de disgustar á muchos y de no satisfacer completamente á ninguno—coge la pluma, y dice... lo que verá el curioso lector en los números siguientes.

Federico Balart.

LA SEÑORA BENÉFICA.

I.

Una vez, al entrar en la iglesia de San Luis, oí el sonido de una moneda al dar en la bandeja, y dirigí los ojos al sitio de donde salía el ruido que había llamado mi atención.

Una señora joven, elegante y hermosa, cubierta la mano con un blanquísimo guante, daba golpes con un duro, — señal que avisaba á los entrantes y salientes que allí se pedía limosna para los pobres.

Eché mi óbolo y me quedé contemplando aquella mujer.

— ¡Qué feliz debe ser esa joven, rodeada de los esplendores de la fortuna, me decía yo; su corazón debe latir tranquilo, su alma debe estar satisfecha. En medio de las fiestas á que su juventud y su hermosura la convidan diariamente, tiene la abnegación de abandonar sus salones y descender á pedir para los pobres. ¡No me parece ya tan triste mi porvenir! ¡Quién sabe si algún día no seré yo el pobre que reciba el pan de unas manos tan delicadas!

Este monólogo, triste como el lugar de la escena y consolador como los ojos de la que pedía, me dejó muy tranquilo.

Sin embargo, deseaba conocer de cerca á aquella mujer.

II.

A los pocos días tuve la dicha de encontrar en la calle á la misma señora joven y elegante; la seguí hasta que entró en una casa seguida de dos hermanas de la Caridad.

Iba también á pedir para los pobres.

¡Toda una mañana subiendo y bajando escaleras por cumplir su piadosa misión! Confieso que mi entusiasmo crecía de punto, y por volver á verla esperé en la calle como un papamoseas ó un enamorado de tres al cuarto.

Me embocé en la capa y empecé á dar paseos por delante de la puerta engolfado en mis reflexiones, que suprimo por ahorrar á Vds. el disgusto de escuchar unas cuantas vulgaridades.

Todo lo que se me ocurría, si he de ser franco, podía muy bien ocurrírsele á cualquiera, — menos á la portera de aquella casa, la cual, viéndome pasar arriba y abajo, se me acercó y me dijo:

— Caballero, ¿busca Vd. á alguien?

— ¡Qué curiosa es Vd.!

— Es que no quiero que se repita el escándalo de esta mañana.

— ¿Y qué tengo yo que ver con ese escándalo, al que no conozco ni para servirlo?

— Mire Vd., continuó la portera; si viene Vd. por la señora del segundo, debo advertirle que su marido está escamado.

— ¿Y á mí, qué?

EL HONOR Y EL ESTÓMAGO.

No sé quién ha dicho que el mundo es una inmensa jaula de locos, y que los hombres que se tienen por más formales cometen, en el transcurso de su vida, una porción de disparates de á fólio, de los cuales se avergüenzan cuando despues los consideran á sangre fría.

En efecto, las pasiones que dominan constantemente al corazón humano, son otras tantas causas de permanente locura, y durante esos largos períodos en que el hombre se halla sometido á su tiránico yugo, no hay que pedirle actos razonables, porque sería pedir peras al olmo.

¿Qué es el pobre enamorado que se arrastra vertiendo lágrimas de fuego á los pies de un ídolo de arcilla, á quien supone un ángel de nítidas alas desprendido de la celeste esfera?

Un loco.

¿Qué es el celoso á quien los dedos se le antojan huespedes, y á quien el más inocente gesto y la más inofensiva mirada revelan una imaginaria historia de traición y de adulterio?

Un loco.

¿Qué es el ambicioso que á fuerza de afanes, crímenes y bajezas, cambia la tranquila existencia de la ignorada medianía por el lecho de espinas de una efímera celebridad, que á veces conduce al destierro ó al cadalso?

Otro loco.

¿Qué es el mísero avaro, que á trueque de privaciones, de ayunos y de penitencia, consigue acumular un poco de oro, para irse despues al infierno con el imponderable pesar de dejar sus peluconas en manos de un sobriño pródigo?

Otro loco.

¿Y los coleccionadores de cacharros y de antigüeda-

— Vd. no sabe quién es el marido. Mire Vd.; esta mañana se paseaba otro, como Vd. hace ahora, cuando bajó el marido y se enredaron á cachetes. Hace dos días sucedió lo mismo. Esta calle debería llamarse la calle de la Cachetina.

— ¡Hola! ¿Con que ese marido está abonado á la función de cachetes, turno impar?

— Es muy celoso. Su mujer es una infeliz; no tiene más que una debilidad, y es la de mirar á todos los hombres, sin intención por supuesto; pero como su marido es así, en cuanto ve á uno que sigue á su mujer, ya está encima.

— Zapateta! Pues yo no conozco á esa mujer que tiene tal debilidad en los ojos, ni á su marido, ni á Vd.

— Pues entonces no mire Vd. al segundo.

— Miraré aunque sea al octavo y al décimo, En esto levanté los ojos y ví en el segundo á un hombre que me miraba de una manera alarmante.

Tenia un tiesto en la mano.

— Ese tiesto es para Vd., me dijo la portera, y se metió en su cuchitril.

El hombre del tiesto seguía mirándome de un modo fatal, yo empecé á pasearme de nuevo, y ¡plá! el tiesto se estrelló media vara delante de mí.

Mi sombrero y lo que contenía debajo acababan de pasar un riesgo mayúsculo.

Indignado, iba á subir las escaleras cuando bajaba mi ángel benéfico, y por seguirla, me olvidé del tiesto y del marido del segundo.

¡Ángel consolador de la limosna, ella debía calmar todas las tempestades de un sombrero amenazado!

III.

Algun tiempo despues se rifaban varias *cositas* en un local muy espacioso, y yo entré á ver si me caía algo.

La rifa era á beneficio de los pobres, y mi encantadora limosneta estaba allí. Eché á la rifa hasta que me quedé sin un cuarto... En cambio había sacado un alfilerero. ¡Caro alfilerero! ¡Bah! Los pobres me lo agradecerán y Dios me lo tomará en cuenta.

Despues de quedarme á la luna de Valencia entró mi amigo Eduardo, á quien no había visto desde la guerra de Africa.

— ¿Qué haces aquí? me preguntó.

— Admirar á esa mujer, le contesté señalando á la limosneta consabida.

— La conozco mucho. Se desvive por los pobres.

— Es verdad. ¡Feliz mujer!

— Sí, ella es muy feliz, pero muy desgraciados su marido y sus hijos.

— ¿Está casada?

— Y tiene tres vástagos.

— ¿Tres... ya? ¿Y quién es el zopenco del marido?

— Yo, si no lo tomas á mal.

— Hombre, perdona la franqueza.

des, que gastan su dinero, su vida y su inteligencia en almacenar tiestos y hierro viejo?

Locos de atar.

La escala es infinita.

Si hubiera de enumerar todos los géneros de demencia, tendría que volver al punto de partida, y que admitir como axioma la proposición enunciada: — que el mundo es una gran jaula de locos.

Pero la especie se divide y subdivide en varias clases y familias.

Y los diferentes ramos de locura sufren numerosas modificaciones, segun las razas y las latitudes.

Como el filon es abundante, no cumple por hoy á mi objeto explotarle completamente.

Me limitaré á citar la locura linfática y tranquila de los habitantes de la Gran Bretaña.

El uso ha querido que se llamen *excentricidades* esos actos de pacífica demencia, de que tan garrafales pruebas nos dan á cada paso los hijos del Reino Unido.

La gravedad y la calma son los caracteres distintivos del pueblo inglés.

Gravedad imperturbable que no se desmiente ni en las circunstancias más críticas de la vida.

Calma á prueba de bomba (y á prueba de hambre, como verán muy pronto mis lectores) que desafía la inclemencia del cielo, el rigor de las estaciones, y hasta la eternidad de los siglos.

La mayor parte de los proyectos que forman los individuos de raza latina, abortan por falta de estabilidad y paciencia.

Digan ustedes á un español, á un francés, ó á un italiano: «La Fortuna va á entrar por esa puerta; pero tienes que esperarla tres días en el umbral.» Y estén ustedes seguros que la señora Fortuna llegará al punto de la cita sin encontrar quien la reciba. Setenta y dos horas de espera, son setenta y dos siglos para un descendiente de los antiguos romanos.

— Mi mujer es un ángel para los pobres... continuó Eduardo con un acento tan sombrío que me dejó helado; pero es un demonio en su casa. Todo lo tiene abandonado. Como no cuida más que de los pobres, mis criados me roban todo lo que gano, y mis hijos tienen que ser cuidados por manos ajenas; uno está próximo á morir tísico. Ella se compadece de las miserias que ve en todas partes menos en su casa. Dentro de pocos años, mis hijos, si viven, y yo seremos los pobres, y entonces quizá mi mujer tenga que pedir para nosotros.

— ¿Y cómo no pones remedio?

— ¡La amo, amigo mio!

— Entonces, no hay duda, tú eres el verdadero pobre á los ojos de la filosofía.

— Pero no á los ojos de mi mujer.

Ahora comprendo las lágrimas que puede hacer derramar una señora benéfica.

Luis Rivera.

ALGUNOS CUADROS

que no están en la Exposición de pinturas.

Un país: en primer término una casa de labor; grupos de hombres y mujeres bebiendo, y tomando el sol. Al fondo un espeso bosque, una iglesia con reloj, y dos ó tres monaguillos cazando desde el balcón. Varias nubes á la izquierda color de paja de arroz, y á la derecha muy claro, como suelo cantar yo. Hay cosas en este lienzo que acreditan al pintor, y sobrarán compradores pasada la Exposición.

Episodio de un combate en la guerra del Mogol, hecho con arreglo á un *croquis* que ha mandado el Gran Señor. Es notable esta pintura por su buena entonación, lo animado de los grupos y el desorden, que es atroz, de caballos y ginetes, y turbantes y chacós. A la derecha se mira un brazo del mar de Azof, y un cuerpo de tiradores

Por el contrario, el tiempo no hace mella en la elástica fibra de la raza anglo-sajona.

¿Quién no recuerda la anécdota de aquellos dos ingleses que lucharon durante ocho horas sobre cuál dejaría al otro la acera?

Pero fué una lucha de paciencia, como lo son todas en las orillas del Támesis.

Era en *Picadilly*.

Nuestros hombres marchaban por la misma línea en opuestas direcciones; — así que llegaron á encontrarse cara á cara, ambos se pararon y estuvieron mirándose con la mayor pachorra por espacio de quince minutos.

Viendo el uno de ellos que su adversario no cedía, tomó el partido de sentarse en el umbral de una puerta.

Entonces el otro hizo lo mismo.

Así estuvieron medio hora sin hablar palabra.

El que se había sentado primero sacó del bolsillo de su gaban un número del *Times*, y empezó á recorrer las columnas del periódico mónstruo, con la misma tranquilidad que si estuviera en el club, tendido en una cómoda butaca frente á una taza de té.

Mientras tanto, su antagonista se entretenía en fumar sendos cigarros y en seguir con la vista las espirales de humo, que iban á perderse entre la niebla que encapotaba el cielo.

Empezó á llover.

Los dos ingleses siguieron imperturbables, sin darse por entendidos, uno fumando y otro leyendo el periódico.

Al cabo de tres horas, cuando el del *Times* se hallaba á la mitad de la lectura, su compañero le tocó suavemente en el codo, y le dijo:

¿Tendrá Vd. la bondad de prestármelo así que usted concluya?

Pero volvamos al objeto que motiva estas líneas.

O, mejor dicho, entremos en él.

LA JORNADA DE UNA MUJER ELEGANTE.—(SEGUNDA PARTE.)



Tres horas en las tiendas.

—Última novedad... ¡Caro y hermoso!
—Pues de eso llevaré...—paga mi esposo.



Seis horas en el baile.

—Es mi pecho de bronce.—No lo creo
Si he de rendir tributo á lo que veo.

El día en que tuvo lugar la distribución de premios en el palacio de Kensington, dos ingleses, á quienes llamaré Mr. James y Mr. Thom, se paseaban por entre la muchedumbre que llenaba las espaciosas galerías del templo de la Industria.

Al concluirse la ceremonia, los espectadores, que sudaban á mares á pesar de lo espacioso del local, invadieron el jardín de horticultura á manera de desbordado torrente.

Mr. James bajaba la escalinata del jardín empujado por las oleadas de la multitud, cuando de pronto sintió que se apoyaba el tacon de una bota sobre los dedos de su pié izquierdo.

Sin dignarse volver la cabeza, levantó la mano y descargó una soberana puñada sobre el rostro del que supuso propietario de aquella bota.

Entonces Mr. Thom le cogió por la solapa del frac y ambos descendieron al jardín.

Paráronse uno frente á otro, se miraron de piés á cabeza por espacio de quince minutos, y

—Me parece—dijo Mr. Thom—que es Vd. el que acaba de levantarme la mano.

—He tenido ese honor, caballero,—respondió Mr. James. Pero antes el tacon de su bota de Vd. se había tomado la libertad de aplastarme un callo.

—Es cierto; pero el propietario del tacon de mi bota no tiene ojos en los piés, y además usó la atención de dirigirle un «Vd. dispense.»

—No lo oí, pero hubiera sido lo mismo; yo no dispenseo cuando me estrujan un callo.

—De modo que al levantarme la mano lo hizo Vd. con intención determinada...

—Y con el laudable fin de que levantara Vd. la bota.

—¿Su nombre de Vd., caballero?

—Mr. James:—aquí tiene Vd. mi tarjeta.

—Allá va la mia. Hasta mañana.

—Hasta cuando Vd. quiera.

Al día siguiente se presentaron dos amigos de mister Thom en casa de Mr. James.

Este se hallaba leyendo su diario.

Los recién venidos le explicaron en dos palabras el motivo de su visita.

—¡Perfectamente!—respondió Mr. James.—Aguardaba el mensaje, y la prueba es que hace dos horas están otros dos amigos míos esperando en la habitación inmediata. Entren Vds. y arreglen el negocio como mejor les parezca. Tengo dadas amplias facultades.

Y abrió una puerta de comunicación é hizo entrar á los emisarios en la pieza contigua.

Los padrinos de Mr. Thom salieron al cabo de media hora.

Mr. James les hizo un saludo y continuó leyendo en su periódico las noticias de América.

—¡Y bien! ¿qué hay?—preguntó á sus amigos cuando los plenipotenciarios de Mr. Thom estaban ya en la calle.

—Queda todo arreglado.

—¿Y de qué modo?

—Mr. Thom ha reclamado, como ofendido, la elección de armas.

—Está en su derecho.

—Por eso se la hemos concedido.

—¿Y qué más?

—Pide veinticuatro horas para prepararse.

—¿Para arreglar sus negocios?

—No, para prepararse al combate.

—¿Pues á qué es el duelo?

—¡A dieta!

—¿A dieta?—repitió Mr. James.

—Sí, ¡á dieta y á muerte!—continuaron sus amigos.

El que mas tiempo aguante sin comer, aquel saldrá vencedor.

En cualquiera otro país del mundo, aun el más deli-

cado en materia de lances de honor, se habria rechazado tan insigne locura.

Pero en Inglaterra se acepta todo lo que es extravagante.

Así es que Mr. James reflexionó algunos minutos y dijo á sus amigos:

—¡Está bien! yo tambien quiero prepararme.

Los dos adversarios pasaron diez y ocho de las veinticuatro horas engullendo *Roasbeef*, *Rump steak and potatoes*, *Mutton shop*, *Roast veal*, *lold ham* y otras suculentas menudencias rociadas con Jerez, Madera y Burdeos.

Hé aquí las condiciones de este duelo original.

El lugar del combate seria una casa de campo sita en Richmond, y perteneciente á uno de los padrinos de mister Thom.

Una mesa abundantemente cubierta de fiambres, conservas, frutas y vinos se colocaria en el centro de una habitacion.

A cada lado tomaria asiento uno de los combatientes en una otomana de espaldar móvil que pudiera servir de cama en las horas de sueño.

Y allí permanecerian los dos adversarios sin tocar á los manjares, bajo la vigilancia de los padrinos, hasta que uno de los dos muriese de hambre.

El que alargase la mano para tocar aunque fuese á una ciruela, quedaria manchado para siempre con la infamante nota de cobarde.

Previendo el retador que la fiebre producida por la falta de alimento pudiera ocasionar el delirio, y este obligar á cualquiera de los campeones á faltar á las cláusulas del contrato, habia mandado hacer un juego de correas para que los padrinos los sujetaran sólidamente al espaldar y á los piés de la butaca.

Dióse principio á este suplicio de Tántalo.

Federico de la Vega.

(Concluirá.)

aunque ninguno tiró.
El gran detalle del cuadro es un pan de munición, que un soldado arroja al suelo, con el nombre del autor.

Una muchacha soltera que ha dado una cita á dos. Boceto de circunstancias para adornar un salon. La escena es de noche, y pasa en un portal sin farol, por lo cual parece el cuadro una copia de Callot. Se ve sombra, mucha sombra, y en aquella confusion se adivina solamente algo de lo que pasó. Uno de los personajes da señales de furor, pues alza al cielo los brazos como quejándose á Dios. El otro está muy tranquilo, y ella con calma feroz parece que está diciendo: —¡Aun para mí pocos son!

Un cuadro de fantasía: El gigante Adarnastor, luchando con don Quijote en la playa del Ferrol. Don Quijote está sin armas y el otro lleva un cañon, uno es flaco, el otro gordo, uno astuto, y otro no. El autor de este capricho lo ha confeccionado *ad hoc*, para probar que la fuerza no vence siempre al valor.

Hay además otros lienzos que no puedo enseñar hoy, de los cuales algun dia os haré la descripcion. Unas ruinas deliciosas, un florero de mi flor, una marina que encanta, un santo muy español, y unos cuantos interiores como alguno que sé yo. De los progresos del arte siempre he sido admirador, y por eso, aunque no expongo, me gusta la Exposicion.

M. del Palacio.

MURMULLOS.

Me han contado que uno de los dias en que estuvieron las calles cubiertas de nieve, se encontraron dos damas en el momento en que una de ellas tropezó.

Esta última era la esposa de uno de los primeros calaveras de Madrid, y la otra, su rival; es decir, la que según se cuenta obtiene los favores del esposo.

No tuvo la primera más remedio que aceptar la mano que le ofreció la segunda.

—¿Tambien Vd. tropieza, señora? le dijo la rival venturosa.

—Sí, amiga mia, pero no caigo como Vd., contestó la esposa ofendida, saludando graciosamente á su interlocutora, que se quedó más blanca... que el suelo.

La Sombra de Torquemada no ha hecho efecto, aunque La Correspondencia y el cartel dijeron que fué muy aplaudida.

—¿Y qué disgusto al público?

—En primer lugar, un marido que quiere enseñar á su mujer la actitud que debe observar en ciertos momentos... y despues la comedia en general.

—Ya me figuraba yo que La Sombra de Torquemada tendria mala sombra.

Lo más notable es que su autor, al apercibirse de ello, en vez de ponerse blanco se quedó bermejo.

El autor de Eter y de la Reforma literaria, dice que en el dia se arrastran las artes por el lodo.

—Ya sé yo quién tiene la culpa, ha dicho un pintor.

—¿Quién?

—Las lluvias de estos dias y el Sr. Jareño; y si no diganlo los cuadros de la Exposicion que se han manchado.

A propósito de Exposicion.

El sábado no se expusieron los cuadros; pero el buffet estuvo espuesto á demostrar que muchos de los concurrentes tenian el sentimiento de lo bello en el estómago.

No se ha contado, sin embargo, que nadie se haya guardado en el bolsillo del frac ningun alimento, lo cual hubiera sido disculpable, toda vez que el entusiasmo artístico es capaz de estraviar... á la razon.

La otra noche, es decir, el sábado, durante el baile de máscaras de la Zarzuela, entró una pareja en el *ambigu*.

—¿Qué hay? preguntó al mozo la hija de Eva.

—¡Oh! señorita, contestó el rubicundo asturiano, todo lo que Vd. quiera, pavo trufado, *filet* de vaca, pollos en pepitoria, *rosbeef* y...

—Calla, animal... le dijo el caballero... ¿no ves que con tu charla molestas á esta señora...?

—Es que...

—Tiene muy mala la cabeza y no está para ruidos... Trae dos cafés con media tostada.

Un gitano estaba desesperado.

En aquel momento se acordó de Dios, y dirigiéndole sus preces:

—¡Señor, le dijo, no os pido que me deis dinero, sino que me pongais cerca de donde lo haya!

¡Qué abnegacion!

Nada más natural que echar una cana al aire y distraerse, cuando llega el caso.

El cura de un pueblecito próximo á Madrid es de esta opinion: el domingo último se puso á jugar al tresillo á maravedí el tanto; nada... por distraerse.

La suerte no le fué propicia... en una noche llegó á perder tres pesetejas.

—¿Qué es eso, D. Facundo, le dijeron, da mal el naípe?

—Calla, hombre, calla... hoy no doy pié con bola: ya he perdido tres misas.

Lo mejor de esto es la sinceridad, la inocencia, el candor de la frase. ¡Es un bendito!

En un juzgado de primera instancia se presentó uno de estos dias un pobre dómine de lugar, que ha venido á pretender, que tarda en alcanzar, y que por lo tanto debe á su patrona.

Como buen dómine, es escesivamente fino.

El juez le amonestó para que pagase al ama de huéspedes.

—Sí, señor, que lo haré, contestó, y con mucho gusto, porque ha de saber V. S. que yo soy la *equitacion* en persona.

Quiso decir la *equidad*, pero de todos modos no se equivocó.

—Me gusta viajar y los ferro-carriles me parecen muy útiles, decia un autor dramático bastante desgraciado con sus obras; lo único que me carga es el silbido de la locomotora.

—Eso es porque se le figura que está representándose alguna de sus comedias, exclamó aparte uno de sus más íntimos amigos.

En vista de que no va á haber en París casas para alojar á los que piensan ir á la Exposicion, ha pensado un publicista que podian habilitarse los salones del palacio para dormitorios.

Esto seria una exposicion en otra.

Cuenta un periódico francés, que hablando de Víctor Manuel dos enemigos del monarca bigotudo, dijo uno de ellos:

—Triste ha de ser la suerte del rey de Italia.

—No se le llama rey de Italia, dijo su interlocutor.

—Pues ¿cómo?

—Ex-rey del Piamonte.

En Valencia ha querido suicidarse un hombre de un modo muy original, según nos cuenta un amigo.

Puso en un cajoncito un paquete de pólvora con una mecha que salia por un orificio, se sentó encima, é iba á prender fuego cuando fué sorprendido.

—¿Qué hace Vd., desdichado? le preguntaron.

—¡Voy á saltarme la tapa de los sesos! contestó sin levantarse.

¿Dónde tendria la mollera este buen señor?

Blas Perez.

CABOS SUELTOS.

El Sr. D. Eusebio Blasco no forma ya parte de la redaccion de GIL BLAS.

Su novela *La Señora del 13* quedará terminada en el próximo número.

Respetando la resolucion del Sr. Blasco, debemos decirle, sin embargo, que tanto el director como los redactores de GIL BLAS, continuarán profesándole el mismo cariñoso afecto que cuando le tuvieron por compañero.

Dias atrás nos refirió *La Correspondencia* que el alcalde de un pueblo de Portugal se habia visto acometido por unos lobos, de los cuales se salvó apelando á la fuga, *olvidándose de su dignidad*.

Sabiamos que el hombre debe tener dignidad en la desgracia, en el porte y en las maneras, pero la dignidad ante los lobos, no la hubiéramos creído nunca una virtud necesaria para ser alcalde.

Se alegra *La Regeneracion* de que no podamos atar los cabos de sus sangrientas cartas, y añade:

«Se conoce que no le sientan muy bien á nuestro colega semejantes manifestaciones.»

¡Qué nos han de sentar! ¡Si eso no puede sentar bien más que á los borregos amantes del delicioso verde que tanto pondera el capellan de Tabagon!

En el próximo número, lámina litográfica sobre un asunto muy cómico.

Dentro de poco comenzarán en Novedades los ensayos de la nueva comedia de magia del Sr. Liern, titulada *La espada de Satanás*.

¡Quién la tuviera!

Un periódico refiere que el presidente de los Estados Unidos se ha aficionado de poco tiempo á esta parte á la lectura, y que sus autores favoritos son Montesquieu y Paul de Kock.

Como si dijéramos: Sanz del Rio y Escrich.

Se trata de establecer una loteria á 40 rs. el billete, cuyos premios serán viajes á la Exposicion de Paris.

Cara me parece la loteria, sobre todo hoy que por nada se puede ir á tantas partes.

El teatro de los Bufos ha aumentado la lista de sus éxitos con el de *Francifredo, dux de Venecia*.

Esta produccion, que no es otra cosa que una deliciosa parodia de las obras del género romántico, está sembrada de chistes y desatinos capaces de conmovier á un pres-tamista.

Se ven en ella la mano del autor de *Los Dioses del Olimpo*, y las piernas de las individuos del cuerpo de coros.

Son tambien notables en *Francifredo* varias piezas de música y la preciosa decoracion final.

La escena está bien presentada, y fuera de que Dios conceda voz á Arderius, no queda nada que pedir.

El sábado se estrenó en el Circo á beneficio de Mariano Fernandez *La Sombra de Torquemada*.

El autor no se ha propuesto en ella otro objeto que hacer reír al público, y esto lo consigue muy amenudo, por más que algunas veces se rie como aquel á quien hacen cosquillas.

El Sr. Bermejo, autor de *La Sombra de Torquemada*, ha sido llamado á la escena en las primeras representaciones de su obra.

La crítica, sin embargo, debe hacer con ella lo que el público: reírse.

Ha fallecido el lunes en Madrid el antiguo literato señor Albuérne.

Por más que alguna vez le hayamos juzgado en son de burla como hombre público, era amigo nuestro y deploramos sinceramente su desgracia.

Solucion al Geroglífico del número anterior:—Una mujer fea tocando el arpa, parece una mona agarrada á una reja.

ANUNCIOS.

VERDADEROS BOLOS ANTIGASTRÁLICOS.—CURAN infaliblemente todas las enfermedades del estómago que no procedan de una lesion orgánica en la viscera. Se venden en la botica de Giron, calle del Leon, núm. 43, y Lope de Vega, 4.—(12—12.)

BALSAMO ANTIREUMÁTICO DE SURINAM.—Unico remedio seguro de los conocidos hasta el dia, para la curacion radical del reuma agudo ó crónico, articular ó muscular. Se vende en la botica de Giron, calle del Leon, núm. 43, Lope de Vega, 4.—(12—12.)

Editor responsable, D. JOSÉ PEREZ.

MADRID: 1867.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.